

GENTE

Angel Zúñiga

Disney

Las festividades del cumpleaños del ratón Mickey han transcurrido dentro del tono infantil apropiado. Como Peter Pan, Mickey y su compañera Minnie, no quisieron crecer, tal vez por no hallarse sometidos al mismo disparate de los seres llamados humanos, tantas veces inhumanos. Han cumplido medio siglo, si bien por más de veinte años desaparecieron de las pantallas, donde desbordaba su optimismo radiante. Su padre espiritual, Walt Disney, murió también. Sucede lo de siempre: mueren los creadores; sobreviven los personajes al azar de los gustos variables y las modas pasajeras. Lo vieron muy bien Unamuno y Pirandello en su época de creación. Don Quijote y Sancho seguirán cabalgando, más fuertes y vitales que las apariencias, el engaño a la vista de la existencia. Bastante más sencillo, pero no más humilde, Mickey puede volver a nosotros en cualquier instante. Sus andanzas pueden repetirse, tal como se han visto en las reposiciones de varias de sus aventuras gozosas en la Cinemateca del Museo de Arte Moderno.

El sonido aumentó el encanto del género; la aplicación del color y la música avivó el goce visual y auditivo que siempre prometían. Había la libertad de expresión más disparada en la baraja y hasta en las trampas de sus alicientes. Vimos a Mickey imitando a Fred Astaire; en una noche de estreno en el que fue Teatro Chino de Sid Grauman, rodeado de las celebridades de entonces; Mickey, con Donald, director de una banda de música; Garbo perdidamente enamorada del ratoncito. No faltó nada. Hasta en el momento de su gloria, lo reprodujeron en el Museo de las figuras de cera de Madame Tussaud.

Durante el cine mudo, existieron los dibujos animados. El gato Periquito y, bastante mejor, el gato Félix, originado por Pat Sullivan, con tal popularidad que hasta apareció en las revistas musicales españolas —Jazz Band— con partitura de Penella, cantado por Emilia Aliaga. «El Tintero Mágico», con el payaso Koko y el perrito Fidi, representaron un avance en el terreno abonado de la invención.

Por aquellas fechas, Disney trataba de hallar su camino. Ni el conejo Oswald ni «Alicia en el país de las maravillas», presentían el talento agazapado en el perfil de sus dibujos. «Steambot Willie», en 1928, presentó, por vez primera, al ratón Mickey, desde donde partiría después con diversidad de animadores, Ub Iwerks y Ward Kimball, entre muchos. Estábamos en el más delicioso mundo animal, con el perro Pluto, Goofy, aquella encantadora caricatura del cascarrabias Pato Donald; los tres cerditos, con su canción de «Quién le teme al lobo feroz», indicada para evitar las depresiones nacionales en el momento económico, mal momento, de la Depresión, años treinta. Los cartones de Disney, los Mickey, las Sinfonías Tontas, revelaron, en los complementos de programa, muchísima más inteligencia que la de los films de largo metraje, entremetida la fama vocinglera de intérpretes modestos envueltos en la purpurina del reclamo.

En los años cincuenta, Disney dejó de crear nuevos episodios para Mickey. El personaje aparecía agotado; incluso, el género. Todo tiene su fin. Su dedicación se orientó hacia el film de dibujos de mayores pretensiones, con largo metraje. La puesta de largo no fue nunca tan inspirada. En mi opinión personal no mantuvieron parecido nivel con los Mickey y las Sinfonías Tontas. Su brevedad las hacía de

mayor agrado. El ingenio bullicioso parecía saltar todas las barreras, en el más espumoso de los divertimientos. Constituyeron films para todos, chicos y mayores, unidos por la bendición de la sonrisa, el agrado, el asombro. Epoca en que se asistía al cine con la familia, por cuanto el atrevimiento se detenía ante ciertos límites respetuosos y de gusto. La censura en el Paraíso, evitaba que Adán y Eva se convirtieran en mortales. Los besos que se cortaban en un tiempo, contra nuestra imprudente protesta, adivinaban el tobogán de sociedad que esperaba al espectáculo. Puede verse hoy en día, por todas partes. En su fábrica de ensueños, Disney dedicó mayor atención a la producción de películas largas, con intérpretes habituales; unas candorosas; otras de simple diversión. Se tenía en cuenta el papel del cinematógrafo como pura y estricta diversión familiar. Porque la familia es y debe ser, pese a nuestras crisis, lazo de unión sólido y básico de las sociedades.

Me encontré con Walt Disney en 1960, durante la Olimpiada de Invierno en Squaw Valley, Estado de California. Se le había encargado la decoración del lugar. Grandes estatuas de hielo y nieve, con personajes conocidos de fantasía, aparecían en la gran llanura olímpica. Estuvimos toda una tarde charla que te charla, como si fuéramos dos españoles, gente ideal para perder el tiempo. Sólo el tiempo perdido es ganancia esencial en la vida. La esposa de Disney, Lilly, aseguraba que la creación de Mickey reflejó, mejor que otra alguna, el carácter de su marido. Ella fue quien creyó necesario cambiar el primer nombre que Mickey tuvo, Mortimer, por otro menos intelectual. Como Mickey se hizo famoso en el mundo entero. Hasta la Liga de las Naciones, le otorgó una medalla. Mickey no era nada supersticioso.

Squaw Valley resultaba un lugar ideal, con su Lago Tahoe cerca, lleno de atrayente

belleza montañera. Vivía en una cabaña alpina, al borde del mismo lago. El silencio más poblado de rumores resonaba en la soledad de la noche. El amanecer constituía un espectáculo millonario de claridad y luz. Cerca de la división de los Estados de California y Nevada, se cruzaban ambos para llegar al lugar, con la vista rápida a Reno (Nevada), purgatorio del divorcio en una época. Hoy se casan y se descasan en cualquier parte, obedeciendo egoísticamente al capricho del instante. La calamidad humana que es el juego priva en Nevada, con docenas de hoteles en la misma línea fronteriza, dedicados a cazar incautos. Nunca he creído que el juego fuera aliciente a principios de siglo, en Montecarlo, a cuenta del lujo antisocial de un mundo mal repartido. En Nevada, sea en las mismas Vegas, el aspecto es de aparente sordidez, mal disimulada por las construcciones caóticas de una sociedad afluente, sobre todo para el mal.

Disney era persona amable, optimista en su sonrisa franca, extrovertido sin dobleces, al parecer, cualidad notoria si se cuenta que vivió en el ambiente de Hollywood, lleno de pliegues en las conciencias relativas. Hablamos de todo, menos de sus películas. Andaba atareado por el funcionamiento del sistema de sonido en las pistas. Tampoco era necesario hablar de su obra. Ella habla por sí misma. Lo sorprendente es que no le volví a ver hasta al cabo de unos años, en el pabellón español de la Feria Mundial. La sorpresa consistió en que recordaba perfectamente mi nombre y las circunstancias de nuestro primer encuentro. Lo mismo sucedió con Nancy Carroll, si alguien se acuerda del nombre, al encontrarnos por azar después de años de nuestras comidas en Barcelona, en el Hollywood Boulevard. Todo lo contrario de ese titubeo vergonzante que nos entra muchas veces cuando tenemos que recordar el nombre de gente conocida.

Con las revisiones de estos días me ha sucedido algo que ya sospechaba. Para mí, el encanto de otro tiempo se ha evaporado. Han quedado como muestras de un género de otro momento, seguramente más feliz en nuestra incoscienza. Algo parecido me sucedió con las visitas a Disneyland, en California, y Disneyworld, en Florida. La vez primera en Disneyland me sorprendió ese conjunto que daba vida al mundo de los dibujos animados, con la fantasía de un parque de atracciones, algo también de épocas pasadas. Más tarde, consideré que el lugar era sólo para niños, aunque siempre constituya un placer ver las sonrisas infantiles. Con Disneyworld, en Florida, el placer había desaparecido. Lo hallé bastante menos interesante que la visita a Cabo Cañaveral, centro donde se enviaron los cohetes al espacio y la nave a la Luna. Ejercía una fascinación actual mucho más poderosa.

El mundo ha variado mucho desde los años treinta, cuando Mickey nos hacía cosquillas. Pasamos la guerra, las guerras de los demás también; los bombardeos de unos y otros, aireados como heroicas batallas; la propaganda bélica, asomada a las pantallas, sólo complacida en denigrar al enemigo. Revulsivos contra las conciencias, como la brutalidad, la violencia, la pornografía de nuestro tiempo. Ya no me es posible saborear los films de Mickey. Algo muy entrañable han matado en nuestro fuero interno. No podemos volver al Paraíso, por habernos hecho morder la manzana amarga de la discordia. En la ventolera de esta época, nos hicieron perder la inocencia en un mundo sin responsabilidad. ■